



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2021, Isaac Palmiola Creus

Autor representado por IMC Agència Literària

© De esta edición:

2021, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-396-2

Depósito legal: M-12449-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2021

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz

Ilustración de cubierta: Ana Oncina



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **DESAFÍO AL EMPERADOR**

**Isaac Palmiola**



loqueleg





Txanko y Nivan estaban solos en una sala de espera de la clínica. El lugar era confortable, con media docena de butacas que rodeaban una mesa de madera falsa. Había videojuegos interactivos, libros electrónicos y pantallas flotantes que mostraban imágenes de antiguos jugadores del Mare Nostrum que se habían operado con éxito en aquel hospital.

—Quiero saber si ha subido el número de visualizaciones —dijo Txanko, y empezó a manipular su comunicador de pulsera.

El lugar estaba completamente desierto y los dos estaban sentados lejos de la única puerta de entrada, pero Nivan no lo veía claro.

—¿Estás seguro de que es prudente hacerlo aquí?

—Claro, en esta clínica todos están a favor del Mare Nostrum y en contra del emperador...

—¡Shhhhhhhh! —le regañó Nivan.

6 Txanko esbozó una sonrisa traviesa, con los colmillos sobresaliendo del labio superior, y se conectó a la red furtiva. El emperador perseguía con ahínco aquel canal de noticias clandestino, imponiendo severas multas y pequeñas condenas de cárcel a sus usuarios, pero la peor parte se la llevaban los periodistas que se atrevían a publicar allí. Cuando las autoridades los arrestaban, nadie volvía a saber de ellos. Simplemente desaparecían.

El ursai abrió una pantalla flotante. La página de inicio estaba repleta de informaciones relacionadas con el sistema solar Hagüank-Do. Allí la situación era caótica. Según los medios de comunicación oficiales, una cadena de movimientos sísmicos había obligado al ejército imperial a desplazarse allí para socorrer a la población, pero las noticias publicadas en la red furtiva describían una realidad muy diferente. La población zambler, la especie mayoritaria en el sistema Hagüank-Do, protestaba contra la dominación imperial y la respuesta del ejército había sido una detención masiva de disidentes. Los arrestados, que se contaban por millones, eran separados de sus familias y

evacuados de sus planetas natales hacia un destino desconocido.

Sin embargo, entre aquellas inquietantes noticias también había espacio para el fútbol.

—¡Trescientos millones de visualizaciones y subiendo! —exclamó Nivan, casi sin poder creérselo.

Le resultaba casi surrealista que tantísima gente de planetas tan lejanos hubiera estado mirando masivamente aquel vídeo.

—Vamos a verlo de nuevo —propuso Txanko, y le dio al *play* tras lanzar una mirada cautelosa hacia la puerta.

Era un resumen de tres minutos del partido que los había enfrentado al New York Imperial. Las imágenes mostraban el buen juego del Mare Nostrum y se recreaban con el golazo que había marcado Nivan en la primera parte. La cara del emperador, sentado en el palco, era de lo más siniestra, sobre todo cuando Zoly Viengon, el padre de Nivan, le desafió besando el escudo. A partir de aquí, el montaje dejaba claro lo que había ocurrido. El emperador daba una orden tapándose la boca con la mano y en la segunda parte Zoly Viengon recibía una brutal entrada que le mandaba a

8 aquel hospital, donde estaba siendo operado en esos momentos. El vídeo continuaba con una sucesión de despropósitos arbitrales. Los jugadores imperiales no recibían ninguna cartulina roja pese a las constantes agresiones y, en cambio, el árbitro expulsaba a Txanko de forma injusta. Tras quedarse en inferioridad numérica, los imperiales aprovecharon que Nivan estaba siendo atendido en la banda para darle la vuelta al partido. Al final, el Mare Nostrum era vencido, pero aquellos millones de visualizaciones en toda la galaxia demostraban que la derrota no había sido en balde. El Mare Nostrum se había convertido en un símbolo de la resistencia contra el Imperio en muchos planetas oprimidos. El vídeo culminaba con las masivas manifestaciones en la Tierra para protestar contra la injusta derrota, pero no llegaron a verlo terminar...

La puerta de la sala de espera se abrió inesperadamente y Nivan cerró la pantalla flotante de un manotazo. Casi se le paró el corazón cuando se dio cuenta de que el visitante era un ashtar. Tenía el pelo dorado, los ojos cristalinos y vestía con un uniforme blanco de la clínica. Era muy extraño. En

aquel hospital casi todos los trabajadores eran humanos. ¿Qué hacía un ashtar allí?

La voz de Nivan sonó temblorosa mientras intentaba disimular su nerviosismo.

—¿Falta mucho para que acabe la operación?

—Una hora, creo —contestó Txanko.

Por suerte, el ashtar no pareció prestarles atención. Ni tan siquiera los miró. Fue hacia una pantalla flotante, sustituyó la secuencia de imágenes y volvió a dejarlos solos en la sala de espera, sin ni tan siquiera abrir la boca.

Nivan amagó un suspiro de alivio.

—Tenemos que ir con más cuidado —susurró—. Si nos pillan conectándonos en la red furtiva podrían apartarnos del equipo, tal vez algo peor.

—Tranquilo, no se ha enterado de nada...

Txanko era tan inmenso que, tras toda una vida de amistad, Nivan aún se sentía diminuto cuando estaba a su lado. El ursai rara vez se ponía nervioso, pero aquello no significaba que no se hubieran puesto en peligro de forma absurda.

—A partir de ahora nos conectaremos solo en casa —resolvió Nivan, y se levantó de la silla—. Casi me meo del susto, así que mejor que vaya al lavabo...

Salió de la sala de espera renqueando un poco. No tenía ninguna lesión importante, pero solo habían pasado tres días desde que se habían enfrentado al New York Imperial y las secuelas de aquel partido tan duro aún eran visibles. Zancadillas, patadas, codazos y pisotones habían decorado su cuerpo con un montón de magulladuras que, sin embargo, no le impedirían jugar el decisivo partido contra los China Tigers.

Una vez fuera, Nivan avanzó por el solitario pasadizo de la clínica y se dirigió hacia el cartel luminoso que indicaba dónde se encontraban los aseos. Al entrar, un inmenso espejo le devolvió la imagen de un niño de dieciséis años, rubio, barbilampiño y de facciones delicadas. Tenía cualquier cosa menos pinta de jugador profesional y su precocidad en el fútbol había llamado mucho la atención. Era un sueño hecho realidad, pero también sentía una especie de miedo en el pecho. Ahora había mucha gente en el universo que empezaba a conocerle y no solo le apreciaban por su forma de jugar al fútbol, sino por lo que significaba el Mare Nostrum: la lucha contra la opresión imperial. Nivan se daba cuenta de que era algo más

que un simple jugador de fútbol y aquella era una responsabilidad muy pesada.

Se lavó la cara con agua fría y se acercó a un urinario. Se disponía a aliviarse cuando notó que se abría la puerta a sus espaldas y se detuvo, expectante. Miró de reojo hacia atrás y vio a un ashtar caminando hacia él. El mismo de antes. Tenía el brazo derecho detrás de la espalda, como si quisiera esconder lo que llevaba en la mano. Se giró para recibirle y enseguida notó que algo iba mal. Aquellos ojos gélidos refulgían con un brillo agresivo.

—¿Qué quie...? —Nivan no pudo acabar la frase porque el ataque llegó antes.

El ashtar blandió un objeto punzante e intentó clavárselo en el estómago, pero Nivan fue más rápido. Se apartó de un salto y gritó pidiendo ayuda, pero estaba acorralado. Sus ojos reconocieron el objeto. Era una jeringuilla de medio palmo que goteaba un líquido negruzco. El miedo fue como un pinchazo de adrenalina. Nivan no tenía nociones de defensa personal, pero lanzó una patada. El ashtar la detuvo con el antebrazo y contraatacó con la jeringuilla. Consiguió esquivar el ataque por los pelos, pero perdió el equilibrio y el ashtar

aprovechó para segarle las piernas con una patada baja. Nivan cayó al suelo y, al instante, el ashtar se lanzó encima de él. Apenas tuvo tiempo de protegerse. El ashtar intentaba clavarle la jeringuilla mientras él le retenía agarrándole por las muñecas. Sabía que no podría aguantar. El ashtar era más fuerte. Gritó, pero el alarido no le sirvió para detener la jeringuilla. Cada vez más cerca de su rostro, notó como una gota negra caía encima de su cuello y la piel le escoció.

Un ruido muy fuerte a sus espaldas hizo que el ashtar girara la cabeza un instante. Nivan tuvo tiempo de ver como Txanko iba hacia ellos como una locomotora. El ursai golpeó al ashtar con tanta fuerza que salió propulsado a toda velocidad, dándose de bruces contra la pared. La jeringuilla cayó al suelo tintineando y Nivan se arrodilló con la respiración entrecortada. El peligro había pasado. Txanko agarró al ashtar y le inmovilizó con sus brazos gruesos como troncos.

—¿Por qué le has atacado?!

El ashtar no contestó. Tenía un corte en la ceja y sangraba a causa del golpe que se había dado contra la pared.

En ese momento irrumpieron varios trabajadores de la clínica. Una doctora humana fue la primera en reaccionar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me ha atacado —explicó Nivan, y recogió la jeringuilla del suelo para mostrársela—. Quería clavarme esto.

—Llamaré a la policía —dijo uno de los sanitarios, y activó su comunicador de pulsera.

El ashtar trató de deshacerse de Txanko, retorciéndose entre sus brazos, pero el ursai era demasiado fuerte para él y lo tenía bien agarrado, aplastándole con el peso de su cuerpo.

Nivan le dio la jeringuilla a la doctora, que la cogió con expresión preocupada.

—Tendríamos que analizarlo para estar seguros, pero tiene toda la pinta de ser cenicia —dijo ella, y entonces le miró a los ojos—. Chico, me temo que han intentado matarte...



14 A Nivan le costaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Habían intentado asesinarle. Estaba sentado en la butaca, pensativo, con los codos encima de las rodillas y las manos en las sienes. Ahora ya no tenía miedo, pero seguía alterado.

—¿Te he dado las gracias, tío?

—Una docena de veces —replicó Txanko, repantigado en la butaca con aire tranquilo—. Nuestro padre ya nos advirtió que querrían asustarnos. No van a conseguirlo, ¿verdad?

—Supongo que no —contestó él, pero Nivan tenía muy claro que aquel ashtar no había ido hasta allí para darle un susto.

Alguien llamó discretamente a la puerta y entró sin esperar respuesta. Era Fil Danutra, su abuelo. El anciano había acudido raudo a la clínica en cuanto le había llegado la noticia del ataque.

Sus ojos azules brillaban con inquietud, pero su voz sonó pausada y tranquila cuando habló.

—La policía se ha llevado al ashtar detenido y la jeringuilla para analizar el contenido —explicó—. Y vuestro padre ya se ha despertado de la operación. Ha sido un éxito, pero tendrá que quedarse aquí unas cuantas horas más en observación. Le he dicho que nos iríamos a casa...

—Le has contado que...

—No, ya habrá tiempo —contestó—. He contratado vigilancia privada. En casa estaremos más cómodos y protegidos. ¿Nos vamos?

Tanto Txanko como Nivan se levantaron de sus asientos y siguieron al anciano hacia la salida. Los dos habían declarado ante la policía todo lo que había ocurrido y ahora ya eran libres de hacer lo que quisieran.

Mientras se dirigían hacia el aparcamiento de aeronaves, Nivan no podía evitar mirar a su alrededor con inquietud, como si tuviera miedo de ser atacado en cualquier momento. Por eso fue el primero en ver a los periodistas deportivos. Charlaban animadamente resguardándose del calor a la sombra de una aeronave de diez plazas, pero en cuanto los

reconocieron todos reaccionaron de modo idéntico. Cuellos estirados, aire ajetreado y avalancha en tropel. Era poco probable que se hubieran enterado del intento de asesinato y debían de estar allí porque la noticia del día era la intervención quirúrgica a Zoly Viengon, pero era una buena oportunidad para conseguir una declaración.

—Yo me ocupo —dijo Fil dando un paso hacia delante, pero Nivan le agarró suavemente del brazo.

—Déjame hablar con ellos.

—¿Estás seguro?

Su abuelo le miró con preocupación, pero dejó que Nivan recibiera a los periodistas. Con un breve gesto de la mano, el joven futbolista le pidió a Txanko que le acompañara.

Al cabo de un instante, los periodistas ya se amontonaban a su alrededor.

—¿Cómo está tu padre, Nivan?

—No le he visto, pero los médicos dicen que la operación ha ido bien, según lo previsto. Pronto volverá a los terrenos de juego...

—¿Y tú, Nivan? Nos ha parecido ver que cojeabas un poco. Y estás algo pálido... ¿Vas a jugar contra los Tigers?

—Estoy disponible para el entrenador. Tengo muchas contusiones y golpes, pero nada que me impida jugar —dijo, y entonces soltó la bomba de forma natural—. Supongo que estoy pálido por culpa del susto. Hace un rato han intentado matarme.

Los periodistas se quedaron callados, anonadados. Cuando se dieron cuenta de que tenían una noticia importante delante de las narices, empezaron a formular preguntas de forma atropellada. Querían saber todos los detalles.

—Ha sido muy inesperado —declaró Nivan—. Estaba en la clínica con Txanko y cuando he ido al lavabo me han atacado con una jeringuilla. Los médicos aseguran que contenía cenicia...

—¿Quién ha sido?

—No le había visto nunca. —Nivan se encogió de hombros—. Sabía luchar, era alto y tenía el pelo dorado.

Evitó pronunciar la palabra *ashtar*, pero el color del pelo no dejaba dudas sobre a qué especie pertenecía el asesino. Animó a Txanko a contar lo que había ocurrido y cuando el ursai terminó su versión de los hechos un periodista volvió a interpellarle.

—¿Por qué crees que han intentado matarte?

—No me lo explico, la verdad. Tengo dieciséis años y lo único que hago es jugar al fútbol. Nunca me meto con nadie. Ni tan siquiera me han enseñado una tarjeta roja en toda mi vida... —Nivan simuló una ingenuidad que no tenía. Sabía que aquellas declaraciones llegarían a mucha gente, incluso a ciudadanos de planetas muy lejanos, y quería aprovechar la ocasión para lanzar un mensaje—. Por suerte, todo ha quedado en un susto y me siento un privilegiado. Mis problemas son muy pequeños comparados con los de los ciudadanos del sistema Hagüank-Do. Nunca he estado allí, pero compartí orfanato con muchos compañeros zamblers que provenían de esos planetas. Creo que puedo hablar en nombre de mi club cuando digo que todo el Mare Nostrum manda un mensaje de apoyo a todos los amigos zamblers que están sufriendo en estos momentos.

Nivan dio un paso atrás y se despidió de los periodistas. Había conseguido lo que se proponía: apoyar sutilmente la rebelión en el sistema Hagüank-Do sin palabras que pudieran ser interpretadas como una ofensa al emperador.

Una vez se quedaron a solas, Fil le contempló con rostro sombrío.

—Un regate muy hábil, pero acaban de intentar asesinarte. Y hablar de Hagüank-Do solo consigue ponerte aún más en el punto de mira...

Unas horas más tarde, Nivan se quedó a solas con su padre en el dormitorio. El hombre estaba semitumbado en una camilla flotante. Tenía los ojos oscuros entrecerrados por el agotamiento, pero su semejante expresaba angustia y preocupación.

—Han intentado matarte por mi culpa y nunca me perdonaré haberte puesto en peligro —dijo—. No debí darte a conocer ante el emperador.

El intento de asesinato de su hijo le había afectado mucho y no lucía su habitual sonrisa.

—¿Crees que el emperador ha ordenado mi muerte?

—No tengo la menor duda —contestó Zoly—. Dirán que el autor es un simple aficionado al fútbol, de cualquier equipo menos del New York Imperial, claro. Pero en el universo nadie mueve un solo dedo sin su consentimiento. Ha sido él.

—No lo entiendo. —Nivan empezó a pasear por la habitación con las manos detrás de la espalda—. ¿Por qué a mí? Yo solo jugué al fútbol. Tú, en cambio, le provocaste. Empezaste a increparle después del gol y besaste el escudo... ¿No tendría más lógica que hubiera ido a por ti?

20 —Yo solo soy un futbolista humano a punto de retirarse, nada más. Le enfurecí, cierto, pero tú eres una amenaza...

—¿Por qué?!

—Porque eres su nieto —contestó con voz suave—. Eres sangre de su sangre, manchada por un padre humano tal vez, pero sangre de su sangre.

Solo hacía tres días que Nivan sabía que su madre era la hija del emperador Anork III y que estaba viva. No podía dejar de pensar en ello.

—No debí desafiar al emperador en público —volvió a lamentarse Zoly—. No pensé lo bastante en las consecuencias. Y ahora...

—Ahora ya es demasiado tarde, pero me alegro por ello —concluyó Nivan.

Tenía miedo, no podía negarlo. Aún temblaba al pensar en lo cerca que había estado de morir y sentía escalofríos cuando recordaba los ojos fríos,

cruelles e implacables del emperador. Pero también sentía odio. Odio hacia aquel tirano que había sometido a tantos planetas y especies en beneficio propio y que tanto daño había causado a su familia. El odio y la injusticia le llenaban de fuerza. Para luchar. Para no resignarse.

—Ya se habla de mi intento de asesinato en muchos sistemas y solo han pasado unas horas. He recibido muchísimos mensajes de apoyo. No estamos solos y creo que nos hemos convertido en el referente de mucha gente...

21

—Tú te has convertido en el referente, no yo —le corrigió Zoly—. Intenté ponerme delante de los focos, sin darme cuenta de que me sobrepasarías con creces. Mi deber era pensar como un padre, intentar protegerte. Y no lo hice.

Nivan negó con la cabeza. Se había conectado un buen rato en la red furtiva y las noticias que llegaban del sistema Hagüank-Do le hacían hervir la sangre. El emperador seguía ordenando la detención de millones de zamblers. Eran separados de sus familias y nadie volvía a saber de ellos. Aquello ocurría en Hagüank-Do, pero podría estar pasando también en la Tierra.

—Tenemos que pararle los pies a ese ashtar. Hiciste bien en desafiarle, en plantarle cara...

—Todo esto nos viene un poco grande, hijo —susurró.

—Tú mismo dijiste que el fútbol tenía mucho poder —dijo Nivan—. Y empiezo a darme cuenta de que es verdad.

22 —¡EEOOOO! —La voz lejana de Txanko resonó por toda la casa—. ¡Dejad de calentaros la cabeza y bajad! ¡El partido está a punto de empezar!